

Las seis cosas que dan honra

Si un día tiene usted ganas de divertirse del modo más barato, vaya a una biblioteca pública, pida el tomo 65 de la Biblioteca de Autores Españoles, ábralo por la página 480 y allí se encontrará un maravilloso párrafo en el que Huarte de San Juan nos describe las seis cosas que daban honra hace unos siglos. Estas:

«La primera y más principal, el valor de la propia persona en prudencia, en justicia, en ánimo y valentía...»

«La segunda cosa que honra al hombre es la hacienda... sin la cual ninguno vemos ser estimado en la república.»

«La tercera es la nobleza y antigüedad de sus antepasados.»

«La cuarta es tener alguna dignidad u oficio honroso, y por lo contrario, ninguna cosa baja tanto como ganar de comer en oficio mecánico.»

«La quinta cosa que honra al hombre es tener buen apellido y gracioso nombre, que haga buena consonancia en los oídos de todos.»

«Lo sexto que honra al hombre es buen atavío de su persona, andar bien vestido y acompañado de muchos criados.»

«Dichosa edad y siglos dichosos aquellos! Recordádoslos uno siente una especie de alivio de vivir en este «tenebroso» siglo XX, en el que, si somos injustos, podemos cuando menos medir nuestra injusticia. Porque... he aquí toda una escala de valores: «muchos criados», buen atavío de la persona», «buen apellido», oficio honroso», antigüedad de los antepasados», «hacienda... y menos mal que se nos situó como una de las cosas que dan honra «el valor de la propia persona», menos mal... ¿Es que acaso aquel mundo era una gran comedia? Criados, vestidos, oficios, apellidos ¿no suena todo ello a guardarrropia?»

entera y unas puertas abiertas a la crítica que sirva de crisol a esa verdad.

La sexta una fe en el futuro, un saber que los que vienen detrás serán mejores que nosotros un luchar para que lo sean, una esperanza sin sueños, construida día a día por todos.



Pienso que estas cosas pueden dar honra al hombre de mañana. Ese día el mundo sería, al fin, humano.

Y... si además esos hombres se saben hijos de Dios y le dejan poner su parte en la tarea, entonces ese mundo será también cristiano. ¿O podríamos acaso denominar cristiano a un mundo de comedia, de trajes, de vestidos, de terror al trabajo, de dinero, de apellidos, de nobleza de antepasados, de haciendas? Eso da honra, si, más sólo a los estúpidos.

J. L. MARTIN DESCALZO

El negro norteamericano, hoy

Los prejuicios no se borran de repente. Tiene que ocurrir una profunda transformación, lenta, para que a los ojos de un segregacionista el negro adquiera el contorno de una persona humana. Y la segregación es el gran cáncer de Norteamérica. Y es más importante la reivindicación del negro que el primer viaje de un astronauta yanki a la Luna. El negro es la escoria de la sociedad. En el siglo XVI, cuando comenzó la importación de esclavos negros en América con destino a las plantaciones de algodón, tabaco y caña, ni siquiera podían ser considerados como esclavo. Los negros se extendieron por Antillas, Brasil, Venezuela y Estados Unidos. Hoy suman más de cuarenta millones, con cuatro millones de mestizos.

Aunque en el siglo pasado dejaron de ser todos esclavos, bien a la vista está el precario estado de sus derechos. El origen «esclavico» del negro, los años cubiertos de su esclavitud, el color de su piel, que recuerda en el blanco al del zulu y al del hotentote, son lastras difícilmente librables.

Hacia la época anterior a la guerra de secesión, según Arnold M. Rose, ese descubrió en la esclavitud una nueva fuente de beneficios. La invención de la máquina de desgranar algodón y el invento de un procedimiento para extraer el azúcar de la caña, en el momento mismo que se ofrecían nuevas posibilidades

para el comercio internacional, hicieron de los Estados del Sur una región predispuesta a un gran desarrollo económico. Pero para asegurar este desarrollo se necesitaba mano de obra barata que pudiera dedicarse a los duros trabajos que exigía el cultivo y la recolección del algodón y de la caña de azúcar. La mano de obra libre era insuficiente, aun aumentada por los trabajadores llevados expresamente de Europa. Fueron importados grandes contingentes de esclavos negros —aunque negros en América con destino a las plantaciones de algodón, tabaco y caña, ni siquiera podían ser considerados como esclavo. Los negros se extendieron por Antillas, Brasil, Venezuela y Estados Unidos. Hoy suman más de cuarenta millones, con cuatro millones de mestizos.

Durante este período se comenzó una campaña en favor de la abolición de la esclavitud, considerada como inmoral y bárbara y ya hecha en otros países. Por otra parte, un cierto número de pobres blancos del Sur se oponía a un sistema que diecía todo el poder a los ricos propietarios de esclavos. Entonces las teorías racistas aportaron una perfecta justificación. Se afirmó que los negros pertenecían a una raza que estaba aún en la infancia, que era incapaz de hacer trabajos que requirieran un alto grado de inteligencia y de inferioridad en relación a los blancos pobres, en bien mismo de la civilización. De este modo el prejuicio racista tomó raíces en el Sur,

condenado a cinco años de cárcel, con beneficio de posible libertad provisional.

M. A. LEGUINECHE

La guerra civil de 1861 a 1865 no consiguió abortar el prejuicio racista. Después del triunfo de Abraham Lincoln, y con la inercia de la victoria, los negros pasaron a ocupar puestos importantes en el Gobierno de la nación. Y muchos de ellos actuaron en revancha. Esto hizo que el odio aumentase. Nacieron entonces Organizaciones extremistas, como el Ku-Klux-Klan, que predicaban la lucha a muerte contra el negro. Desde entonces, y aunque el Ku-Klux-Klan se halla fuera de la ley, las cosas han mejorado muy poco para los hombres de «caño». He aquí algunos ejemplos aislados del odio y el desprecio que sienten por el negro en algunos Estados de los Unidos de América:

La cantante Bessie Smith sufrió un accidente en su automóvil y fue abandonada, desangrándose y muriendo poco a poco, porque el hospital más próximo era sólo para blancos.

Un joven de 22 años detuvo su automóvil ante una taberna de la carretera de Houston y hizo seis disparos contra unos muchachos de color. Murió un chico de 16 años y resultaron heridas varias chicas de 13 a 15. Detenido y juzgado, un jurado, cuyos doce miembros eran blancos, tras veinte minutos de deliberación, concluyó que no hubo premeditación. En consecuencia fue

Promesa y riesgo de Hispanoamérica

La América que se extiende al sur de los Estados Unidos es «española» en el sentido concreto y elemental de que española es su lengua. (Análoga situación es la del Brasil respecto a la condición portuguesa.) Esto es decisivo. La invención de la máquina de desgranar algodón y el invento de un procedimiento para extraer el azúcar de la caña, en el momento mismo que se ofrecían nuevas posibilidades

Poco importa que muchos millones de habitantes de estos países no sean de origen español, o por proceder de indígenas o por proceder de inmigrantes de otros países europeos. Los Estados Unidos están formados por hombres de procedencias muy diversas, y es probable que los de origen británico sean hoy sólo la más importante de las minorías que lo componen, pero son un país de lengua inglesa, y por tanto, una sociedad definida, sea cualquiera el linaje de sus habitantes, por una condición radical.

Digo radical, porque la lengua es la primera forma de interpretación de la realidad. Los norteamericanos, proceden de Middlesex o de Calabria, de Suecia o de Holanda, de Westfalia o del Peloponeso, de Varsovia o del Sudán, según de origen o comanche, se encuentran instalados en la lengua inglesa, y viven desde ella, haciendo los gestos humanos que le corresponden, tratando con toda realidad a través de ese instrumento. De igual modo, los argentinos de origen italiano—que son tantos—o polacos o libaneses, los que se han incorporado a la vida histórica, desde las razas indias aborígenes—los que sólo hablan quechua o aymara no han llegado a ser ni siquiera miembros de sus países respectivos, y este es un problema gravísimo e insoluble— todos ellos viven inmersos en la lengua española, y por tanto, una sociedad «española» también. Escribo ahora «español» entre comillas porque, claro está, las sociedades de Hispanoamérica no son iguales, ni siquiera muy parecidas, a la sociedad española de ningún tiempo. Y, sin embargo, Hispanoamérica no tiene otra lengua que la española, esta es la suya, pero corresponde a una sociedad distinta. Este es un grave problema, un problema histórico real, no inventado, y en él consiste en buena parte el destino del continente americano.

La lengua española es la forma expresada de una sociedad más vieja y complicada. Con secretos de familia que son, a lo sumo, los de los antepasados. Cuando un americano habla inglés, o portugués, o español, está hablando en su lengua, pero esta no es sólo suya, no es enteramente suya. No puede serlo, porque para ello esta situación le daría por afuera de la época. Por el contrario, creo que toda consideración seria y honesta de la cultura, la literatura, las formas de convivencia, incluso la política de los países de América tiene que empezar por ahí, por atender suficientemente a este enorme hecho.

La solución normal en otras épocas hu-

biere sido la «dermentación» y transformación de las lenguas europeas originarias en otras americanas, del mismo modo que el latín se convirtió en la Edad Media en la pluralidad de lenguas. Hoy no se hablaría ya inglés en los Estados Unidos, ni portugués en el Brasil, y varias lenguas hubieran sucedido al español desde Méjico hasta el Cabo de Hornos. Pero no ha ocurrido así, y a pesar de todas las bromas de los puristas y de sus adversarios, la lengua de los Estados Unidos es el inglés, la del Plata, Lima o Veracruz es simplemente español. Las técnicas de comunicación y difusión, los viajes personales, los libros impresos, los periódicos, la radio y la televisión, han contrarrestado con creces los factores de diferenciación, hasta el punto de que, lejos de haberse diversificado, las lenguas raíces en familias lingüísticas, las variantes regionales dentro de cada país se atienden a favor de las formas comunes, que prometen prevalecer. Como se trata de es-

individualmente la suya propia, sino también la de su sociedad ultramarina. Frente a la retórica e inerte tentación de la «madre Patria», la conquista y apropiación de la pluralidad de las lenguas y «sus creaciones de todos los tiempos. Así podría alcanzar Hispanoamérica el espesor temporal de una sociedad antigua, reivindicado como suyo todo el pasado español, por lo menos hasta el Cid. Y este siglo de oro o «siglo de plata» sería el siglo de los «desgraciados» de la España del XX podría ser llamado nuestro por Hispanoamérica. «Por qué un peruano va a sentir que le pertenece más Mallea que el uruguayo, o un mejicano va a sentir más «suyo» a Rubén Darío que a Antonio Machado, o un argentino va a creer que le pertenece más Alfonso Reyes que Ortega? sólo esta actitud podría dar su plenitud a cada país de Hispanoamérica y a su conjunto, sólo de este modo podrían llegar a una «conciencia» tal, que fuera pleno reflejo a su personalidad literaria y lingüística, de manera que cada uno de los demás pueblos de lengua española, incluida España, sintieran que la lengua común no era sólo suya. No piensen los hispanoamericanos que la actitud algo «torca» de quienes entre ellos se duelen de hablar español no tiene su contrapartida en España. He oído contar —no respondo de que sea cierto— que un famoso pintor mejicano, tan antiespañol como lo que es hoy el inglés sin más, y una vez a Alfonso Reyes: «V a usted, Alfonso, me molesta tener que hablar «español»! ¿Pues no, nunca me he dado cuenta», respondió su interlocutor. Hay españoles a quienes irrita que unos hombres de otro hemisferio se hayan apropiado de su lengua y tengan la impertinencia de hablarla desde la cuna, o, como suya, y encima la hablen a su manera y con aire de estar en su casa. Claro es que la historia no se hace al dictado de estas clases de personas.

El caso del inglés es especialmente elapomóndese su sello personal y americano, por que en él se dan las dos posibilidades. Por muchos gestos que hayan algunos «requisitos» en las Islas Británicas, el inglés de América, de quienes entre ellos se quiere, es una espléndida lengua que ha dado origen, muy probablemente, a la primera literatura de los últimos cincuenta años. Y ambas, lengua y literatura, condiciones que hoy el inglés sin más, y no se puede hablar ni escribir esta lengua sin tenerlo en cuenta. Se puede entender todavía a Virginia Woolf sin pensar mucho en América, pero Graham Greene es impensable sin los escritores americanos. El inglés se habla y se escribe en dos tiempos, en dos diferentes modos, británico y americano, y es ambas cosas sin poder renunciar a ninguna de las dos. En cambio, en otros países que hablan inglés, que son también de lengua inglesa, la situación no es la misma, y el idioma no pertenece en igual grado a las sociedades respectivas, sino más o menos precariamente. La literatura—y sobre todo la poesía—de los últimos cincuenta años no se entiende en España sin Rubén Darío, pero esta es así porque Rubén además se tiene cuenta de que el idioma inglés se habla y se escribe en español sin más, ni



EN ESTA HORA DEL MUNDO

NOS ENTRISTECE

Pleito Indonesia-Holanda

Que los países llamados del «tercer mundo» hayan aprendido tan pronto las viejas maniobras de las viejas naciones para conseguir sus fines. El señor Sukarno está así haciendo lo posible para que estalle la guerra que le haga dueño de Nueva Guinea Occidental. Pero quiere que, al menos aparentemente, Holanda tenga la culpa de esta guerra. Porque estamos contra el colonialismo y los viejos métodos imperialistas estamos contra estas maniobras típicamente imperialistas del señor Sukarno.

Comentaristas arregla-enciclicas

Que el periódico «Ya», de Madrid, se haya creído en el deber de dedicar un artículo editorial a echar agua al vino precioso de la enciclica «Mater et Magistra», escribiendo, por ejemplo, «la socialización de que hablan las versiones de la «Mater et Magistra», o bien: «involucrar la socialización que se atribuye a la «Mater et Magistra» con procesos económicos de signo más o menos estatificador puede incluir el riesgo de que se den a las claras y terminantes palabras de Su Santidad Juan XXIII un sentido que no tienen y que resultaría abiertamente contrario al pensamiento central de la «Mater et Magistra». Es curioso. Miles de gentes se han alegrado de que la socialización haya sido por fin reconocida y recomendada en una enciclica, y miles de gentes lo han sentido, prefiriendo que se sigüese teniendo como cosa del diablo. El

propio Pontífice no ha ocultado los riesgos de la socialización y ha escrito rotundamente que el Estado debe asumir a veces la propiedad de los bienes de producción que «no puede dejarse sin peligro para el bien entre las manos de personas privadas». Pero «Ya» tranquiliza a sus lectores, y en nombre de no sé qué traducción misteriosa de la «enciclica» les asegura que no teman por su bolsillo. La socialización no tiene que ver nada con la economía, por lo visto.

NOS ALEGRA

Discurso del Presidente Kennedy

El tono realista y lleno de esperanza del discurso del Presidente Kennedy, pronunciado recientemente sobre el estado de la Unión. Por primera vez un Presidente americano se explica a sí mismo y explica a su pueblo las razones del neutralismo. Hablando de los nuevos países que se independizan y para los que ha ofrecido ayuda, ha dicho: «El punto de vista del Gobierno de estos países puede, a veces, ser diferente del nuestro, pero los acontecimientos de África, del Próximo Oriente y de la Europa Oriental nos enseñan que no hay que considerar nunca que un país pertenece de una manera definitiva al bloque comunista. Nosotros sostenemos la independencia de estos nuevos y débiles Estados que su historia, su posición geográfica y su falta de potencialidad obligan a permanecer al margen de las alianzas muy estrechas, como nosotros mismos estuvimos al margen durante mucho tiempo.»

Una voz independiente en Moscú

Que el gran escritor soviético Ilya Ehrenburg haya podido denunciar recientemente en la Asociación de Escritores soviéticos la cobardía de éstos ante la injusticia que se cometió con el fallecido Premio Nobel, Boris Pasternak, a quien se presentó como un traidor a su patria y un enemigo de su pueblo, simplemente porque no se piegó a las directrices del partido y sus monsergas del realismo socialista. Y a quien nadie defendió, ni siquiera a la hora de su muerte. Ehrenburg se felicita de que las cosas estén comenzando a cambiar en Rusia. Nos alegraríamos infinito de que esto no fuera solamente una esperanza.

La caridad, virtud normal

Las catástrofes que, más o menos periódicamente, asolan a la pobre humanidad suelen tener la virtud de despertar nuestra conciencia de solidaridad cristiana. Inmediatamente se organizan múltiples campañas de caridad por todas partes. La gente da su limosna y este gesto le permite volver a olvidar la ajena desgracia mediante el apaciguamiento de la responsabilidad propia.

En algún sentido, estas tragedias colectivas son como «emisiones populares» predicadas por Dios que empujan a los distraídos hacia el templo. Es posible, incluso, hallar cierta humorística analogía entre un río salido de madre y un predicador misionero cuyo caudal oratorio desborda el pulpito y cae en cascada sobre los fieles.

Este despertar de la caridad a toque de catástrofe tiene sus peligros. Entre ellos está el de convertir la virtud primordial del cristianismo, que debe ser habitual y básico en la vida, en mera virtud de emergencia, en arma que se descuelga de la panoplia de los heroísmos en casos excepcionales. Luego, en cuanto el río vuelve a la disciplina de su normal nivel, se la vuelve a guardar y ya está: todos tan «católicos» de nuevo.

Nadie dirá, creo yo, que el Pisuerga alcanzó el día 3 de enero su nivel «normal» al sacudir con sus furiosas crines los bordes del puente Mayor. La «normalidad» está varios metros más abajo, en el cotidiano fluir de las aguas mansas y vivificantes.

En cambio nuestra caridad cristiana llega a ser «normal» —aunque nos parezca lo contrario— en estas crecidas, y vuelve a su «anormalidad» de siempre en cuanto las aguas de la vida se reducen a su nivel normal del egoísmo cotidiano. Porque lo normal en el cristiano debe ser esa sensación de solidaridad que, desgraciadamente, sólo sentimos en circunstancias excepcionales.

Quizá este formidable espejismo de nuestra vida proveniente de confundir la caridad con el «dar una limosna». El «dar» es un acto de la caridad, que es un hábito permanente destinado a informar toda nuestra vida, incluido el poseer.

Hace unos días me detuve a contemplar, en el escaparate de cierta casa fotográfica, los documentos gráficos de la última inundación. Me impresionó, sobre todo, el ver algunos hogares desmantelados por la riada.

Algunas fotografías mostraban la pobreza interior de esos hogares, dramáticamente puesta al descubierto, al derrumbarse los muros exteriores.

Una caridad de pura conmoción podrá volver a levantar esos muros, volverá a correr el telón que oculta el dolor interior, permanente, «normal». Pero para entrar en el alma del problema, para remediar el interior, la formidable diferencia entre los extremos miserable confort, la amargura de la pobre gente, esa tristeza que, muchas veces, la catástrofe no causa sino descubre, será necesario que la caridad se convierta en nosotros en virtud normal, permanente, originadora de continua y punzante responsabilidad.

BERNARDO DE ARRIZABALAGA

EL CABALLO DE TROYA

«L'OSSEVATORE» Y EL PADRE LOMBARDI

«PARECE que le ha impresionado a toda la gente, un poco o un mucho, eso de que «L'Ossevatore» Romano» haya llamado la atención al P. Lombardi sobre un libro suyo, el tema del cual es el Concilio y las posibles o probables o convenientes reformas en la Iglesia. El P. Lombardi goza de una simpatía general en el mundo católico y la noticia de dicha desaprobación por parte del periódico vaticano ha dado lugar a diversas reacciones: 1) Desaliento en interesarse por el Concilio y en señalar con lealtad y humildad lo que a uno le parece que no marcha bien en la Iglesia y lo que espera uno del Concilio. 2) Antipatía a «L'Ossevatore Romano». 3) Actitud de reserva ante la figura del P. Lombardi. Y 4) Quizá también una pobre alegría de todos aquellos a quienes, por diversas razones, no agrada el P. Lombardi y a quienes, por el contrario, agradan muchísimo las censuras, llamadas al orden, golpes de báculo o de bastón, etc.

El P. Lombardi ha hablado en su libro de que hay que hacer lo posible para que las dignidades de la Iglesia, puestos vaticanos o de gran responsabilidad no sean inamovibles, ni una manera de hacer carrera. Que le sea posible al Pontífice rodearse de los eclesiásticos más cualificados, sean éstos italianos o papíes; que la elección de Papa «debería tener lugar a partir de criterios más amplios y universales que los que han regido hasta ahora», que debía formarse una especie de «Senado del mundo», formado de laicos eminentes y destinado a resolver los problemas de orden temporal bajo un punto de vista cristiano, etc.

Lo que no sé es la razón por la cual «L'Ossevatore Romano» ha llamado la atención al P. Lombardi, pero lo que me interesa destacar aquí es que «L'Ossevatore Romano», con tener una excepcional autoridad dentro del mundo católico en muchas cuestiones relacionadas sobre todo con el gobierno de la Iglesia, no goza, sin embargo, de la infalibilidad papal, ni sus redactores son una especie de oráculos en todos los órdenes o de pauta obligada de pensar y opinar para un católico. «L'Ossevatore Romano» —escribió François Mauriac en fecha memorable en que se mostraba en total desacuerdo con él— no es para nosotros lo que para otros son «Pravda» y «Estrella Roja». ¡Ni mucho menos! En política nos sentimos lo suficientemente libres para no tener en cuenta esas sugerencias». En política y en otras mil cosas, naturalmente.

Sin embargo, la machaconería constante de los católicos de pasarnos por los ojos mutuamente los recortes que hacemos de «L'Ossevatore» cuando está de acuerdo con nuestras opiniones, plantea otros problemas. No sé —dice José María Valverde, hace algunos meses— si habrá algún prelado que en el Concilio, que Dios quiera próximo y futuro, tenga intención de replantear una pequeña cuestión de orden técnico: la existencia y sentido de «L'Ossevatore Romano». Este diario, escrito en italiano y quizá por ello desmesuradamente sensible a los problemas de la política en Italia, ¿suena a órgano de la Iglesia económica? Y más aún, ¿cuál es exactamente el sentido de que la Iglesia Católica tenga un diario? Por ahí se tiende a dogmatizar todo lo que aparece impreso en «L'Ossevatore» igual que si quedase recogido en el Credo. (...) ¿No sería hora de volver a examinar el asunto? «L'Ossevatore» se fundó cuando era muy diversa la posición del Vaticano en el mundo y la posición de la Prensa en la vida de todos. Quizá convenga ahora insistir en que sobre muchos asuntos enjuiciados en «L'Ossevatore» se dan opiniones distintas por parte de numerosos eclesiásticos y seculares fieles a la Iglesia.

Y tan diversas! Como que «es bien legítimo, claramente, e indispensable, también, que en el seno de la Prensa católica cada publicación conserve sus caracteres propios y guarde su propia orientación», a advertido, una vez más y recientemente, Su Santidad Juan XXIII. De modo que queda bien claro que un católico puede opinar todo lo contrario de «L'Ossevatore», si tiene razones para ello, y que «L'Ossevatore» tiene derecho y autoridad, por supuesto, para criticar lo que bien le parezca en otros católicos. Guardémoslos de continuar a la Iglesia con un Estado totalitario y a «L'Ossevatore» con una circular de consignas de dicho Estado.

J. JIMENEZ LOZANO

